

CASTRO VETTONIA IN HONOREM SEXTI

CASTRO VETTONIA IN HONOREM SEXTI

CASTRO VETTONIA IN HONOREM SEXTI



CASTRO VETTONIA IN HONOREM SEXTI

LOS VETONES: Los albores de nuestro territorio.(8-7-2026).Paloma Nevado López.

¿Por qué estáis hoy aquí?

Pensadlo un segundo. ¿Qué os ha traído exactamente a acudir a mi convocatoria? Podríais estar, descansando en casa, viendo la televisión o tomando algo con los amigos en el bar. Y sin embargo, habéis decidido vestiros, salir por la puerta y venir a sentaros en estas sillas para escuchar a alguien hablar sobre el pasado. ¿Por qué?

Yo os voy a decir por qué creo que estáis aquí. No habéis venido por mí, ni habéis venido obligados. Habéis venido porque, en el fondo, a todos los que estamos en esta sala nos une el mismo invisible e inquietante runrún. El runrún de ver cómo la historia real, la de verdad, la que explica quiénes somos y de dónde venimos, se está quedando olvidada en polvorientos libros de archivo que ya nadie abre. Habéis venido porque os duele, tanto como a mí, ver que nuestros jóvenes —e incluso nosotros mismos a veces— corremos el riesgo de olvidar quiénes fuimos antes de tener un teléfono en la mano.

Este cuaderno que tengo entre las manos nació de una mezcla de amor y de rebeldía. Amor por nuestra tierra, por **Los Navalmorales**, y rebeldía ante el olvido. Me daba una tremenda lástima pensar que si no hacíamos algo ahora, llegará un día en que nadie sabrá qué significan los muros de granito que bordean nuestras viñas, ni de dónde vienen nuestras fiestas de invierno. Quería un cuaderno vacío, en blanco, para ir quitando el polvo a esos viejos legajos y rescatar los conocimientos para que los jóvenes y los no tan jóvenes conozcan sus raíces, entre todos. Porque un pueblo que olvida su historia es como un árbol sin raíces: que al primer vendaval ,se lo acaba llevando el viento.

Así que, ahora sí: ¡muy buenos días a todos y mil gracias por responder a esta llamada! Hoy voy a abrir la primera página de este cuaderno blanco con vosotros. Y lo primero que hay apuntado en ella es una sorpresa: la historia de Los Navalmorales no empezó en el siglo XIV con la fundación de nuestro pueblo. Empezó muchísimo antes.

Hoy os propongo un viaje en el tiempo. Vamos a retroceder más de dos mil años, a la Segunda Edad del Hierro —entre los siglos V y I antes de Cristo—, para descubrir quiénes éramos antes de que los romanos pusieran un pie en la península ibérica.

Poneos en situación: estamos en la actual provincia de Toledo. Si hubiéramos tenido un mapa de la época, veríamos que esta tierra era una auténtica frontera. Por un lado, hacia el centro y el este, incluyendo la propia ciudad de Toledo, estaban los carpetanos. Pero si mirábamos hacia el oeste y el norte —hacia la comarca de Talavera, la Sierra de San Vicente y, por supuesto, nuestra querida comarca de la Jara—, entrábamos en el territorio de los **vetones**.

¿Y dónde estaba la frontera exacta? El río Tajo y los Montes de Toledo eran límites naturales, pero a nivel local, la línea que nos separaba de los carpetanos podría haber sido perfectamente el río Cedená o el río Torcón. Más que una muralla infranqueable, esta zona era un pasillo natural, un punto de intercambio comercial y cultural intensísimo.

Ahora bien, alguno de vosotros se estará preguntando: *"A ver, Paloma, ¿cómo estás tan segura de que aquí, en San Martín o en Los Navalmorales, fuimos territorio vetón y no carpetano?"* La respuesta no está en los libros viejos; está en las pistas que dejaron y que han llegado hasta hoy. Los arqueólogos tienen un truco infalible: **allí donde aparecen verracos, allí había vetones**.

Las pistas del granito y los verracos

Los vetones eran un pueblo de origen celta, eminentemente ganadero y guerrero. Y tenían una obsesión, o más bien una especialidad: el **granito**. Ocupaban zonas graníticas y eran unos artistas esculpiendo grandes moles de piedra con formas de animales, principalmente toros y cerdos, a los que llamamos *verracos*.

En San Martín, sin ir más lejos, tenemos uno. Y si vais a Talavera y os fijáis bien en su muralla, veréis que hay piedras de verracos reutilizadas e incrustadas en los propios muros. Esos animales de piedra no eran simples adornos; delimitaban los pastos, protegían al ganado y funcionaban como tótems sagrados. Además, en los jardines del Palacio de San Martín, donde se encontró el verraco, existía una torre o atalaya que controlaba el curso del arroyo. Una posición estratégica típicamente vetona.

Pero la herencia vetona va mucho más allá de una figura en un jardín. Pensad en las paredes de tapia de granito que delimitaban y delimitan las viñas de la zona. Esa forma de trabajar la piedra, de encajarla de manera limpia, es una herencia directa de la cultura de los *castros* —aquellos poblados fortificados en zonas altas que los vetones construían junto a los cauces de los ríos para defenderse—. Seguro que os suenan algunos de los más famosos de la zona abulense, como El Raso, Las Cogotas o Ulaca, este último con su

imponente mesa de sacrificios, donde, por cierto, solo sacrificaban animales, nada de humanos, que los romanos a veces exageraban un poco.

"Allí donde la piedra de granito se funde con el paisaje, late de manera invisible la memoria de los antiguos vetones."

El "test" de la identidad: ¿A quién nos parecemos?

Hay una prueba muy divertida para saber de dónde venimos: mirar a nuestros vecinos. Si os paráis a pensar en la forma de hablar de la gente de nuestra comarca, en sus giros, en sus costumbres... ¿con quién os sentís más identificados? ¿Con alguien de Consuegra, en plena llanura carpetana y manchega, o con la gente del sur de Salamanca y el norte de Cáceres? La respuesta es obvia. Compartimos ese carácter serrano, ganadero y del oeste.

Incluso nuestra economía tradicional nos delata. Si miramos los registros de los siglos XV y XVI, en nuestra tierra predominaba de forma absoluta el ganado vacuno y caprino. Las ovejas eran casi testimoniales; las únicas que se veían eran las que pasaban de largo por la Real Cañada de la Mesta. Ese amor por las vacas y las cabras es el mismo que tenían los vetones hace 2.500 años.

Y qué decir de las tradiciones. Esas mascaradas de invierno que aún resuenan en la memoria o en las fiestas de la zona, como los "Perros de San Sebastián" de Santa Ana o los Marraches"de Malpica. Esos ritos festivos, un punto misteriosos y paganos, hunden sus raíces directamente en los rituales prerromanos de adoración a las fuerzas de la naturaleza.

Un viaje que empezó mucho antes

Es fascinante pensar que los vetones tampoco fueron los primeros. La Jara ha sido un imán para el ser humano desde siempre. En los valles de la zona se han encontrado herramientas de piedra del Paleolítico y del Neolítico: bifaces —hachas de piedra talladas por las dos caras— y raederas, utensilios para raspar pieles. Esto nos demuestra que miles de años antes de los celtas, grupos de cazadores y recolectores ya rondaban por aquí, aprovechando este pasillo natural tan rico en agua y caza.

¿Y qué pasó con los vetones? Pues lo que nos pasó a casi todos: que llegaron los romanos y nos convencieron, a veces por las buenas y muchas por las malas, de las ventajas del latín, las termas y las calzadas. Los vetones se mezclaron, se romanizaron y abandonaron gradualmente los castros para bajar a los valles.

Por eso es tan difícil encontrar hoy en día sus huellas más íntimas. Además, tenían una costumbre que a los historiadores nos vuelve locos: **incineraban a sus muertos**. En lugar de enterrarlos en grandes tumbas que

hoy podríamos excavar, quemaban los cuerpos y metían las cenizas en urnas, por lo que casi no existen cementerios visibles. Para ver bien su legado material, hoy tenemos que acudir a museos fantásticos como el de Ávila.

Para ir terminando, os invito a reflexionar sobre una cosa: el municipio de Los Navalmorales, tal y como lo conocemos hoy con su núcleo urbano, se fundó bastante después, hacia el siglo XIV. Pero el *sitio*, la tierra que pisamos, el aire que respiramos y las piedras de granito que bordean nuestros caminos llevan aquí una eternidad.

La próxima vez que paséis junto a una linde de granito, que escuchéis una historia sobre los antiguos pastores o que miréis la silueta de los montes, acordaos de que no somos los primeros. Que por aquí, por este bellissimo pasillo de la Jara, caminaron guerreros, pastores y escultores de piedra. Que por nuestras venas, de una forma u otra, sigue corriendo un poquito de esa indomable sangre vetona... que es la que hoy, precisamente, nos ha reunido a todos en esta sala.

¡Muchas gracias!